



www.loqueleo.com

Paloma

© 2010, Jaime Homar

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá-Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-41-4

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Buena Semilla

Primera edición en Colombia: agosto de 2013

Primera edición en Loqueleo Colombia: mayo de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

PALOMA

Jaime Homar

loqueleg

Primera parte

La capilla del hospital estaba desierta. Era una capilla austera de ladrillo blanco, vidrieras azules y bancos desgastados. El quejido de las ambulancias sonaba lejano, como tamizado por el silencio del lugar. Paloma nunca había entrado a una iglesia. Siempre las miraba por fuera, indiferente. Tampoco esa mañana sentía ninguna necesidad de entrar, pero lo hizo. Se sentó en un banco del fondo, y al ver que estaba sola, se puso a pensar.

Su padre acababa de morir. No es que tuviera una relación muy estrecha con él, pero lo quería. Respetaba su vida de trabajador. Era muy callado, tímido y solitario. Rara vez habían hablado en serio. Su trabajo no le dejaba mucho tiempo. Ahora ya era tarde. Un padre ausente. Ya era tarde. Un padre callado. Ya era tarde. Un accidente de trabajo. Paloma todavía llevaba la mochila medio abierta. Había tenido que coger un taxi con el director del colegio. Luego, la sala de espera, el llanto de su madre, el ir y venir de las enfermeras y, por fin, la voz apagada del médico: nada que hacer.

Ahora estaba sentada en un lugar vacío, tan vacío como su mirada perdida. Le hubiera gustado consolar a su madre, intentar aliviar la fuerza de su pena. También le hubiera gustado llorar. Pero Paloma nunca dejaba aflorar sus sentimientos. Los encerraba con tanta vehemencia que ni siquiera sabía darles un nombre. Llegado el momento de expresar algo profundo, su semblante se reconcentraba sobre sí mismo, y se callaba. El silencio de Paloma. De pequeña, sus padres se habían inquietado, pero al ver que no solo no tenía problemas en el colegio, sino que sacaba las mejores notas de la clase, olvidaron el tema. Quizá era el único rasgo que había heredado de su padre.

Se levantó y salió del templo. Su madre la esperaba fuera. Juntas volvieron a casa, caminando. La luz velada de otoño lo cubría todo con su blanco de nubes irreales. La gente se desplazaba deprisa. Al pasar junto al quiosco, Paloma se detuvo un momento para vislumbrar los titulares del día, pero sin prestarles gran atención. Hacía frío.

Llegaron a casa. Vivían en un estudio de cincuenta metros cuadrados, en el segundo piso de un bloque de viviendas del Estado, en el centro de la ciudad. Se componía de dos piezas separadas por un tabique, y un cuarto de baño. La habitación de los padres hacía las veces de sala de estar. Una estrecha barra americana permitía disimular un poco la cocina detrás del armario. Aun así, cuando alguien cocinaba, era imprescindible abrir las dos ventanas que daban al patio interior. En las paredes descoloridas colgaban un par de litografías de cuadros

impresionistas. Pero sin duda lo más llamativo era la ausencia de televisión. Había sido una decisión conjunta. Cuando tenían ganas de ver una buena película, iban al cine. La cuestión es que Paloma se había acostumbrado a leer desde pequeña. También escuchaba música. A veces le costaba, sobre todo cuando comentaban algún programa en clase, pero se consolaba cada vez que veía la tele en casa ajena. En general, le parecía bastante tonto lo que daban, y se aburría. De todos modos, le gustaba mucho más la lectura. Tampoco había ascensor.

11

—Mamá, pase lo que pase, nunca te dejaré sola. Nunca.

—Paloma...

—Nos las arreglaremos juntas. Nunca te abandonaré.

—Hija mía...

—¿Sabes? He estado pensando, en la capilla del hospital. Si quieres, me cambio de colegio. No quiero ser una carga para ti. No hace falta ir a un colegio privado para salir adelante.

—No digas eso, pequeña. Seguro que nos dan una pensión por lo de papá. Ya sé que mi salario no da para mucho, pero tu formación es lo más importante para mí. No se hable más. Además, ya hace un mes que ha empezado el curso, y todavía no me has comentado nada. Eres tan callada...

—Hoy me salen las palabras. La muerte de papá.

—La muerte de papá. Siéntate a mi lado, aquí en la cama.

—Me da vergüenza no llorar.

—No pienses en ello: cada uno reacciona a su manera. Reclínate en mí. Has estado muy fuerte. Me siento orgullosa de ti.

12 —Mamá, no te enfades si no te cuento las cosas. Es que me cuesta mucho. Intentaré cambiar... Los compañeros de clase son los mismos que los del curso pasado, más una chica que ha repetido. Se llama Lara. Creo que su padre es inglés. También hay un nuevo profesor de Ética: Javier, muy simpático por cierto. Aunque los otros profes están un poco pesados, con eso de que empezamos el bachillerato, que hay que prepararse para la universidad... ¿Mamá? No llores por favor, no llores más. —Y Paloma la estrechó entre sus brazos.